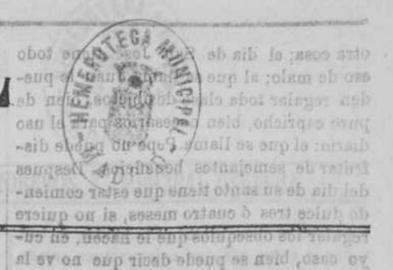


GACETA UNIVERSAL

HOJA LITERARIA

AÑO II. — DOMINGO 23 DE MARZO DE 1879. — NÚM. 37.



Guadalete y Covadonga.

La Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada, que dirige y publica en esta corte el discreto editor Sr. D. Gregorio Estrada, acaba de enriquecerse con un nuevo libro correspondiente a la sección cuarta de la misma (*Historia*), titulado *Guadalete y Covadonga*, y escrito por el Sr. D. Eusebio Martínez de Velasco.

Beséjase en esta obra la historia de la Patria en uno de los períodos más dramáticos e interesantes de la vida nacional: aquel en que el imperio godo-hispano, que había llegado al más alto punto de grandeza y esplendor, cae de un solo golpe en la sangrienta batalla de Guadalete, al empuje de los fieros hijos del Desierto, que acudieron al agareno Tarik, y en que el pueblo cristiano, refugiado en las montañas de Asturias, agrupóse alrededor del gran Pelayo, que había enarbolado la enseña gloriosa de la reconquista en la cueva de Covadonga, para fundar otra España y otra patria más grande y más feliz que la primera.

Describe en este libro los principales acontecimientos políticos de aquellos memorables días: la constitución del reino de los godos sobre las ruinas del imperio romano; el reinado de Wamba, la primera tentativa de los sarracenos contra la Península Ibérica, la persecución de los judíos en las épocas de Sisebut y Egica, los deplorables reinados de Witiza y Rodrigo, la verdadera leyenda de Florinda, la invasión de los árabes, el desastre de Guadalete, la fundación del reino de Teodomiro, las victorias y las desgracias de Abdelaziz, la primera hazaña del inmortal Pelayo, Covadonga y la Cruz de la Victoria, los reinados de los dos primeros Alfonso, las turbulencias de la época de los emires, la constitución del califato de Córdoba, etc.

El Sr. Martínez de Velasco, bien conocido del pueblo español y americano por sus constantes trabajos en *La Ilustración Española*, a la cual ha pertenecido como redactor jefe desde el primer año de la fundación de esta revista hasta principios del corriente, ha hecho una obra que será leída y estudiada con verdadera satisfacción por los amantes de la historia patria y de la buena literatura.

Para que nuestros lectores formen una idea aproximada del interés que encierra este nuevo libro, copiamos a continuación, con permiso del editor y del autor, el capítulo primero, que es como sigue:

Estado de la Península Ibérica a principios del siglo V. — Recuerdos de la dominación romana. — Españoles ilustres en aquel período histórico.

Era la Península Ibérica, a principios del siglo V de la era cristiana, al tiempo de verificarse la irrupción de los pueblos del Norte, una de las principales provincias, acaso la más importante, del ya caduco y casi desmoronado imperio romano.

Los hombres de la primitiva república, haciendo uso de la concepción bien propia de su austeridad y de sus sencillos procedimientos judiciales y administrativos, habían dividido el vasto territorio que se extendía desde los altos Pirineos al mitológico Calpe en dos únicas grandes provincias, Tarraconense y Bética, ó sea España (*Hispania*) exterior y ulterior; el emperador Augusto, que se levantó poderoso y arrogante después de las últimas turbulencias repúblicas, y casi al lado del ensangrentado cadáver de Julio César, modificó la primera división territorial, y creó la provincia de Lusitania, imperial como la Bética y sujeta al gobierno de legados imperiales; el emperador Constantino, en fin, que, dio señaladas pruebas de consideración con afecto especial a nuestra patria, reformó también la modificación que había hecho su antecesor Augusto, y dividió la Península en seis provincias, incluyendo la Tingitania, cuya capital era la vieja población de Tingi ó Tánger.

Aún después del emperador Teodosio subsistió esta división, cuando fué segregada Lusitania para ser gobernada por la debilidad de sus habitantes de igual nombre que hasta poco tiempo antes habían conservado la primitiva denominación de Pythisas, y que fueron comparadas por un elegante poeta del siglo de Augusto con blancas palomas que se ba-

ñan voluptuosamente en ancho lago de cristalinas y tibias aguas.

Subsistían también las categorías y los derechos políticos de las ciudades en cada una de aquellas provincias, y se había desarrollado lentamente, pero con seguridad admirable, el régimen municipal, régimen de verdadera independencia, sustituido un sistema de impuestos onerosísimos, que los censores y censorales estaban encargados de recaudar, aun por medio de violencias y crueldades, de las cuales habla Lactancio en páginas imperfecciones; ejerciábase el comercio y la industria en grande extensión, y eran objetos de este siempre rico y férax suelo, para satisfacer las exigencias cada día mayores de la metrópoli del mundo, la cual devolvía a los pueblos las mismas riquezas que les había arrebatado por derechos de conquista y de fuerza, a cambio de abundantes mercancías; explotábanse las ricas minas que dejaron ya registradas y con bitones obras y galerías los fenicios y los cartagineses; y a tal punto debió llegar el penoso trabajo de explotación, que estaba prohibido que se reuniesen en una sola más de cinco mil operarios, los cuales eran comúnmente desechados esclavos.

Para los romanos había sido España un jardín espléndido, un manantial inagotable de riqueza, un campo de gloria, una prenda segura de su dominación en los países de Occidente, y la hermopearon y enriquecieron con magníficos monumentos arquitectónicos y artísticos, que eran como la señal indudable de su genio y la muestra más perfecta de su propio agradecimiento, digámoslo así, a este país privilegiado, y los cuales aún revelan, después de tantos siglos, la cultura, la civilización admirable de aquel pueblo dominador y verdaderamente prodigioso.

Tarragona, la ciudad de los Césares, la opulenta y soberbia capital de la provincia a que daba nombre; Mérida, la famosa metrópoli lusitana, digna de la protección de los emperadores; Itálica insigne, cuyas ruinas marmóreas anuncian todavía que allí estuvo la cuna del

«Pío, felice, triunfador Trajano»;

Cesaraugusta, la predilecta de César y de Augusto, y Lérida, la invicta ciudad de las legiones; Segovia y Calahorra; Leon y Salamanca; Astorga y Cozanza, y otras muchas poblaciones de España ostentaban con noble orgullo numerosos monumentos romanos.

«Templos, — dice muy bien el Sr. Lafuente en su *Historia general de España*, — anfiteatros, circos, palacios, acueductos, baños, naumagias, estatuas, arcos, mosaicos, columnas, capiteles, vasos, lápidas infinitas, mil otros objetos por otras partes diseminados, están testimoniando el esplendor a que llegó la España romana; y por los despojos que subsisten se puede discurrir la grandeza de lo que fué.»

Aún también se admiran magníficos vestigios de las grandes vías romanas que atravesaban la Península, y que eran como las extremidades de aquellos dilatados caminos que, teniendo su origen en las mismas puertas de la ciudad de los emperadores, cruzaban por la alta Italia, subían a los Alpes, deslizábanse por la Gallia Narbonense y entraban en nuestro suelo por las vertientes de los Pirineos orientales, siguiendo a través de las provincias Tarraconense y Bética hasta Cádiz, ó a través de Galicia y Lusitania hasta la insigne Mérida.

Cuando la reja del arado despedaza nuestros campos, estatuas destruidas, mosaicos descoloridos y agrietados, lápidas con raras inscripciones votivas, medallas y monedas, cubiertas con el polvo de veinte siglos, pregonan todavía la importancia de la España romana, y sirven de utilísimo comprobante a los hombres estudiosos que aún se afanan por reconstituir la historia de la patria de aquellos remotos días.

Con razón lamenta un ilustrado escritor contemporáneo la incuria de los gobiernos españoles en nuestros días; ellos no han sabido o no han querido formar en los siglos de oro un museo de antigüedades romanas, tan abundante como el de Roma, y si no fuera por el que existe en Tarragona, el cual se debe a los cuidados de las corporaciones populares de aquella capital esclarecida,

al amor de algunos ilustrados tarraconenses a la ciencia histórica, más bien que a la protección de los gobiernos, y por la sección escogida, aunque no muy variada, del Arqueológico de esta corte, podría creerse que la nación española había sido extraña por completo al gran pueblo de los Césares.

III

Y qué diremos de los españoles insignes que florecieron en las ciencias y en las letras durante la dominación romana, y que legaron su nombre a las páginas más gloriosas de la historia?

Merecen lugar preferente en estos breves apuntes los ilustres emperadores Trajano y Adriano.

Trajano (Marco Ulpio), natural de la famosa Itálica, sucesor de Nerva en el trono de Augusto (año 98 de J. C.), mientras sostenía cruentas guerras contra los inquietos dacios, y fijaba en el Rin los límites que prevalecieron hasta el siglo IV, y llevaba sus legiones victoriosas hasta más allá del Tigris, derrotando a los feroces parthos, era en Roma el protector de los hombres doctos, el amigo de los grandes oradores, el generoso amante de las musas afligidas, como dice Juvenal, que redimía a los poetas esclavizados a quienes la dura necesidad obligaba a desempeñar oficios viles en los baños públicos, y a veces también a aplicar sus labios a la trompeta de los pregoneros, y que escribió el mismo, cual otro Julio César, la crónica de sus victoriosas campañas.

Adriano, hijo adoptivo y sucesor de Trajano (año 117 de J. C.), aunque recorrió al frente de sus legiones las más apartadas comarcas de su vasto imperio, y peleó contra los indomitos parthos, y tuvo a raya a los audaces alanos, y dominó las rebeliones de los judíos, hizo tiempo y empeño para demostrar su erudición asombrosa, su amor a las ciencias y a las artes, y su afición a la bella poesía, ya promulgando el memorable *Edicto perpetuo*, ya teniendo al amparo de su egida protectora a los grandes maestros de la elocuencia; ora escribiendo composiciones poéticas, ora señalando pensiones vitalicias a los más distinguidos literatos.

Además de estos ilustres españoles que tuvieron en sus hombros el manto de púrpura de los Césares, otros muchos sobresalieron en los diversos ramos del saber, y justo es que consagremos un pequeño recuerdo a los más notables por riguroso orden cronológico.

Lucio Cornelio Balbo, natural de Cádiz, ciudadano romano desde los tiempos de Pompeyo, fué el primer extranjero que por su saber y pericia militar mereció el honor de ser nombrado cónsul de Roma, y que su nombre quedase immortalizado en una de las magníficas oraciones de Cicerón.

Cayo Julio Higino ó Higinio, primero esclavo y después liberto de Augusto, ganó el afecto de este emperador por la universal erudición que atesoraba; excelente gramático, poeta y apologista ingenioso, aficionado también a los estudios de astronomía, tuvo a su cuidado la Biblioteca palatina, y dejó escrita una colección de fábulas y un libro que se intitula *Poema astronómico*.

Pomponio Meta, de Mellaeria, y tal vez de la familia de Séneca, escribió un hermoso tratado *De Situ Orbis*, en el cual resaltan gran suma de conocimientos geográficos, aunque no tan exactos como los exige la verdad de la ciencia, y un estilo vivo y florido, lleno de animación y de ingeniosos rasgos.

Lucio Junio Honorato Columela, gaditano, el agrónomo más sabio de la antigüedad, el que fué llamado *padre de la agricultura* y elogiado por Plinio, escribió dos hermosos libros, *De Arboribus* y *De Re Rustica*, que aun en nuestros días se leen con verdadero deleite por los amantes de los estudios agronómicos.

Marco Anneo Séneca, llamado el *Retórico*, nació en Córdoba unos cinco años antes de la Era cristiana; distinguióse en la metrópoli del mundo por su notable elocuencia y por su famosa cátedra de retórica que abrió en su patria, y que fué una de las más ilustres en su tiempo; escribió un tratado de oratoria que corre impreso con el título *Swasoria et controersia*.

Marco Anneo Lucano, cordobés, sobrino

de Séneca, educado en Roma y en Atenas, fué el poeta de más elevado estró en su época, el que hizo tomar a la poesía de los romanos, como dice el alemán Schlegel, la forma heroico-histórica, cual recuerdo de su ya olvidado origen, en su admirable poema *La Farsalia*.

Lucio Anneo Séneca, el *Filósofo*, natural de Córdoba, hijo de Marco Anneo, educóse en Roma bajo la dirección de su sabio padre, y fué después el maestro del emperador Nerón; considerábase el moralista por excelencia de la antigüedad pagana, aunque sus émulos le acusaban de no practicar sus propias doctrinas; dotado de profundo talento y de imaginación brillantísima, hace en sus obras magnífico alarde de máximas sublimes, de levantados pensamientos; escribió luminosos tratados sobre los beneficios, la cetera, la clemencia, el reposo, y en sus páginas admirables sobre la *Brevidad de la vida*, la *Tranquilidad del alma*, la *Providencia*, las *Cartas morales*, los *Consuelos a Helvia* y a *Marcia* y otras semejantes, revelase a la vez el filósofo pensador y atrevido, el poeta melancólico y de alma ardiente, el hombre de sentimientos delicados y generosos.

Lucio Anneo Floro, cordobés también y pariente de Séneca, protegido de los emperadores Trajano y Adriano, legó a la posteridad un conciso y bien ordenado *Epítome de historia romana*, que comprende la variada crónica del pueblo de Rómulo hasta los mismos días de Augusto.

Cayo Silio Itálico, natural de Itálica, como Trajano, historiador y poeta, y al par cónsul y hombre de Estado, que sirvió al imperio con abnegación y desinterés, escribió un bello poema histórico acerca de la segunda guerra púnica, demostrando en él que poseía tan buen gusto literario como el autor de la *Farsalia*, y fué objeto de la estimación de los amantes de las bellas letras.

Marco Valerio Marcial, hijo de Calatayud, donde vivió retirado los postreros años de su vida, después de pasar una juventud borrascosa en la ciudad de Roma, falleciendo en 103 de la Era cristiana, fué el poeta epigramático de su época, el verdadero creador de las epigramas, y dejó 1.600 composiciones de esta clase, distribuidas en 15 libros, en las cuales compite la agudeza del pensamiento con la finura de la frase y la precisión literaria.

Marco Fabio Quintiliano, nacido en Calahorra hacia el año 42 de J. C., protegido por el emperador Galba, sabio jurista y retórico, eminente orador forense, *gloria romana toga* (como escribe el poeta Marcial), escribió las famosas *Instituciones*, que aun se traducen y comentan en nuestras aulas, y que serán siempre un tesoro de gran valía para las personas que se dedican al estudio de humanidades y del idioma latino.

Rulo Sexto Avieno, cultísimo poeta, que tradujo y puso en verso latino varias obras griegas, escribió en versos yámbicos un curioso poema, *Ora marítima*, del cual tenemos ante la vista un hermoso ejemplar, correspondiente a la edición que se hizo en esta corte a mediados de 1634.

Otros españoles distinguidos en las ciencias y en las letras podríamos citar además de éstos, como Sextilio Henna, Flavio Dextro, Julio Gallia, Porcio Latron, é innumerables más, pertenecientes a la antigüedad gentilicia.

Hallábase España a principios del siglo V en un período de benéfica paz, y ya se divisaban en el lejano horizonte las apretadas hácas de las tribus nómadas del Asia y del Norte, que avanzaban sobre las provincias del Occidente de Europa, cual gigantesca avalancha que rueda desde la alta montaña hasta el hondo y florido valle.

Pero al ocurrir el desmoronamiento del imperio de Augusto, al despedazarse aquel coloso que estaba formado con los más ricos y hermosos países del mundo conocido, y que tenía clavadas sus garras en esta heroica patria de Numancia y de Viriato, la Península Ibérica, por extraño y misterioso encadenamiento de los sucesos, fué reducida a un desierto, y fué preciso para tener vida propia, a recibir el elemento civilizador que había de disponerla para más altos y gloriosos destinos: el Cristianismo.

Excusamos decir a los lectores de la GACETA UNIVERSAL que el libro del señor Martínez de Velasco es uno de esos que deben adquirirse para leerlos y estudiarlos detenidamente.

Las suscripciones a la *Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada* se hacen desde cualquier punto de la Península y Ultramar, dirigiendo el pedido al editor y director de la misma; Sr. D. Gregorio Estrada (calle del Doctor Fourquet, número 7).

Cada tomo adquirido por suscripción cuesta cuatro reales, y los tomos sueltos se venden también a seis reales. — H.

Pepe.

Supongo que todos los que lean este artículo le conocerán: ¡quien no conoce a Pepe! Un Pepe, ó un P. José, ó un Pepifol! Pues bien, ese Pepe que ustedes conocen, ese Pepe que todos contamos entre nuestras relaciones, es un sér desgraciado a quien debemos compadecer los que no queramos hacer gala de dureza de corazón y malos sentimientos.

El miércoles de la semana anterior fué el día del martirio para nuestro héroe, sin que esto signifique que no tenga otros muchos analogos en el año; porque en el almanaque abundan de tal modo los santos llamados José, que Pepe está de días, quietas que no quieras, diez ó doce veces al año.

¿Ustedes no saben lo que es llamarse José?

Los que han tenido padres prudentes, que han puesto a sus hijos nombres que no se encuentran en el Santoral español, son incapaces de comprender la suerte de un Pepe el día de su santo.

Para escarmiento de todos y saludable advertencia, voy a contar la historia de un día 19 de Marzo que pasó en casa de un amigo a quien su padrino había desgraciado en la pila bautismal poniéndole el nombre del Santo Patriarca.

A las ocho de la mañana los pocos agradables de un cornetín y un bajo, murga económica, sirvieron de diana en el programa de festejos que la casualidad preparaba a Pepe. Los murguistas el día de San José son mejores que en otros muchos días; tocan menos. Como tienen tanto trabajo, por mucho dinero que se les dé, el concierto se reduce invariablemente a dos piezas, y cortas.

Esta ventaja, sin embargo, es neutralizada por la repetición de sociedades murguistas que se acercan a las puertas de los Pepes. En ese día parece que se multiplican los concertistas; acaba un cornetín y un bajo, y aparece una flauta y un oboe; después viene un tambor y un clarinete, y así, de dos en dos, va desfilando por delante de la puerta todo el instrumental del gremio músico-murguista; instrumental que tiene mucha necesidad de arreglarse al diapason normal ó, cuando ménos, de afinarse un poco, para cortar en lo posible las desgracias que siguen a estos conciertos.

Terminada la parte musical, comenzó para mi amigo la más sensible, y sobre todo la más improvisada.

— ¡Habitamos comenzado a tomar el chocolate, cuando la criada entró un papel, que decía poco más ó menos:

«Del esposo de la Virgen Hevas nombre, D. José. Soy vecino de esta casa y no tengo que comer; pero por ser hoy tu santo de fijo que comaré, porque mandarás limosna a este pobre siempre fiel.»

Nota. — El poeta espera en la buhardilla la contestación y la limosna.

Nunca recuerdo haber visto que las bellas artes se conjurasen de tal modo contra un hombre honrado, porque Pepe lo era; después la música, la poesía; todo parecía ponerse al servicio de los verdugos de los José y de las artes. Hubo que pagar aquellos versos, que sólo merecían un par de palos, con dinero; el vate era un memorialista que hacía las veces de portero y que daba sablazos en verso, que es lo mismo que dar una estocada con crueldad y escarmiento.

— ¡Habitamos comenzado a tomar el chocolate, cuando la criada entró un papel, que decía poco más ó menos: luego vino, luego mas, y por último, tuvimos una confitería entera a nuestra disposición; a nadie se le ocurrió regalar

otra cosa; el día de San José tiene todo eso de malo; al que se llama Juan le pueden regalar toda clase de objetos, bien de puro capricho, bien necesarios para el uso diario: el que se llama Pepe no puede disfrutar de semejantes beneficios. Después del día de su santo tiene que estar comiendo dulce tres ó cuatro meses, si no quiere regalar los obsequios que le hacen, en cuyo caso, bien se puede decir que no ve la tostada. Es decir, le sucede algo peor que no verla; tiene que pagarla, porque ha de dar propina al que trae el regalo, y ha de pagar después al que lo conduzca á la casa donde quiera remitirlo.

¿Pero qué es esto comparado con las visitas y las felicitaciones de los amigos? Nada seguramente.

En la oficina no puede un Pepe librarse de convidar hasta á los porteros; porque ¿quién no sabe cuándo es San José?

En su casa se encuentra con que, lo mismo para comer que para almorzar, su familia se ha adicionado notablemente.

Hay en Madrid quien se levanta el día de San José temprano, y hace el siguiente programa mentalmente:

—¿Cuántos Pepes conozco? Uno... dos... justo; cuatro.

Pues voy á almorzar con Pepe Sanchez. Luego iré á tomar un café y una copita con Pepe Aguilar.

Luego comeré con D. José Rodriguez. Enseguida buscaré en el café á Pepe Ruiz para acabar de pasar el día.

Y todavía hay que advertir que el autor de este programa sería uno de los menos temibles, porque ha repartido equitativamente la carga entre cuatro Pepes; pero hay otros que se contentan con uno solo para todos los usos expuestos.

De éstas recibió muchas visitas el amigo de quien especialmente hablo.

Por último, llegaron á presentarse en su casa gentes á quienes no había visto en su vida, y aquellos ramilletes de dulce que nos parecieron en un principio suficientes para dar postre un día al ejército español, no bastaron para satisfacer á los infinitos golosos que se presentaron en tal ocasión.

Mi amigo recibió planas de primera de algunos niños cuyos padres habían tenido la feliz idea de que sus hijos felicitaran á Pepe con palotes; no faltaron cañastillas de papeles de color hechas por algunas niñas con igual objeto, ni relojes, ni pañuelos bordados, ni otra porción de obsequios, que juntos no valían una peseta, y así, uno á uno, costaron algunos duros al felicitado.

Los concurrentes todos comieron, bailaron, bebieron, rompieron los muebles, y ya pasada la medianoche, se despidió el último concurrente, diciendo: —Que vea usted muchos días como éste!

No recuerdo haber oído una maldición mayor en toda mi vida.

A todo el mundo le pasa algo de esto el día de su santo; pero es indudable que el que se llama Chindasvinto está libre de las dos terceras partes de esas molestias.

Mi amigo quiso buscar remedio á semejantes desgracias, y comenzó á firmarse José de Calasanz, para no recibir á nadie el día 19 de Marzo.

El remedio fué peor que la enfermedad. Desde entonces tenía que celebrar dos veces su santo, uno el día de San José de Calasanz, y otro el día de San José, esposo de María.

El 19 de Marzo no faltaba gente en su casa nunca.

Hoy mi amigo tiene dos hijos. Uno se llama Mahoma, el otro Budha.

—¿Que busquen esos nombres en el cielo para ponerlos un día en el almanaque— dice el padre con el mayor regocijo.

Y dice bien. Toda precaución es poca.

UN PERE.

Apuntes de un viajero.

La metrópoli británica, con sus arrabales, cubre una superficie de 700 millas cuadradas, donde se hallan reunidos cuatro millones de habitantes.

Las calles de Londres tienen un desarrollo total de 7.000 millas, y todos los años se aumentan 28 nuevas millas á las antiguas.

La población de Londres ofrece tambien anualmente un aumento de 75.000 almas, y se estima en 9.000 el número de casas que en dicho período se construyen.

Esta circunstancia basta para que el precio de los alquileres no tienda á elevarse.

No obstante, si se comparan los precios de 1865 con los de hoy, se reconocerá que existe un ligero aumento, producido ja-

dudablemente por el desenvolvimiento de la fortuna pública.

A pesar de este movimiento de alza, apesar de la riqueza de Londres, de 4.000.000 de habitantes y de su aumento anual de 75.000 almas, el precio de los alquileres, comparado con el de muchas capitales de Europa, es relativamente muy bajo, porque hay más casas que inquilinos. Sin embargo, en Londres se edifica constantemente, no hallándose jamas el viajero en el caso de no encontrar una habitación donde albergarse, en un momento dado, como sucede en París y en otras grandes ciudades de Europa.

No nos ocuparemos de las casas de lujo habitadas por los potentados, y hablaremos tan sólo de las destinadas á las personas que tienen una renta de 4 á 5.000 francos.

En los arrabales de Londres hay calles, mejor dicho, distritos enteros, donde las casas cuestan de 800 á 1.300 francos.

Estas casas tienen por lo comun seis habitaciones, distribuidas en dos pisos: en la planta baja, comedor, cocina y lavadero; en el piso principal, sala de recibir con un segundo cuarto, y en el piso superior tres dormitorios.

Detrás de la casa hay un jardín que por lo regular tiene treinta metros de profundidad.

Las diversas piezas de la casa no son demasiado pequeñas para contener los muebles que están destinadas á recibir, y en cuanto á la cocina, un arquitecto del continente tendría bastante espacio para levantar diez ó doce cocinas como las que vemos en ciertas construcciones de por acá.

Por 1.200 francos al año se puede alquilar una casa de ocho ó diez piezas, distribuidas entre dos pisos, un entresuelo y planta baja.

El entresuelo contiene comunmente el comedor, la cocina y el lavadero, y el piso bajo un salon de 30 á 35 metros cuadrados. No es raro que las casas de este precio, y aun las que pagan un alquiler inferior, tengan un cuarto de baño.

Todas las casas inglesas no están provistas de gas, lo que no es un mal, pero no hay una sola, aunque sea la más pobre morada del más pobre obrero, que carezca de agua.

Las cocinas son muy espaciosas y contienen con suma amplitud los muebles indispensables, que poco á poco han ido desapareciendo de las cocinas del resto de Europa.

Aparece en el centro una ancha mesa, sobre la cual se prepara la pastelería, que de allí pasa al horno, de que todas las cocinas, pobres ó ricas, están provistas.

Compárense esos tipos de casas, que no tienen en absoluto nada de caras, con las que por el mismo alquiler se obtienen en otras capitales de Europa, y se tendrá que reconocer que en Londres se halla en perfecta armonía el precio de las habitaciones con la renta de que disfrutan la mayoría de sus habitantes.

Una cuestion espiritiosa.

Hoy vamos á tratar una cuestion poco espiritiosa, pero muy espiritiosa; la cuestion del vino.

La sofisticacion, esto es, el robo y el envenenamiento, dos crímenes reunidos en un fraude (calificado de delito, y menos, mucho menos castigado que cada uno de los elementos que lo componen), por una extraña aberracion, toma cada dia proporciones más formidables: en la reunion de expendedores de cerveza de Alemania, ha sido desechada una proposicion de dos individuos, concebida en estos términos: «Rogamos al Consejo de higiene que pida á la cancillería imperial prohibicion del empleo de otros ingredientes que no sean la cebada, la levadura y el agua para la fabricacion de la cerveza.»

Es decir, que se prohiba robar y envenenar á los bebedores de cerveza.

En cuanto al vino, véase el procedimiento que se emplea: tómase vino, se le adiciona la mitad de agua, se le da fuerza con yeso, mal alcohol ó algunas otras drogas más ó menos nocivas, y enseguida se le colora con la fuchina, que es un veneno.

La persecucion empezada y dirigida contra este doble crimen, calificado de delito, robo y enve: enamiento, ha de ser enérgica y tenaz hoy, en que más de la mitad del género humano padece del estómago—el gran resorte de nuestra máquina— y va tomando carácter epidémico una multitud de enfermedades desconocidas y mucho menos frecuentes en otro tiempo.

No hay motivo para alarmarse mucho á causa de la enfermedad de la vid; de progreso en progreso, casi llegamos ya á pasarnos sin sus productos. En efecto, hoy es hasta grosero hacer el vino como se hacía en tiempo de Noé, con la uva y las viñas. Por otra parte, las viñas envejecen, enferman amenuado, y hay que perder tiempo cuidándolas. Es más sencillo, por tanto, prescindir de ellas. Por esto quiere substituirse la viticultura en lagares, con la enocultura en salones.

Si dispones de un edificio bastante espacioso, rotulad cada departamento segun sea la fabricacion que en él pensais hacer. Así en la puerta del cuarto de dormir, escribid: «Chateau-Iquem»; en la del salon: «Sillery mousseux»; en la de la cocina: «Muscat y Frontignans»; en la de la biblioteca: «Tocay, lacrima christi», etc.

El vino se ha convertido en una droga nociva (todavía hay algo más nocivo, las tabernas); pero ¿quién se atreverá á tocar el arca santa? ¿Quién se atreverá á atacar los abusos de las tabernas? El Estado percibe su parte de beneficio del agua vendida por vino. El obrero político, cuyo número aumenta de dia en dia en la taberna, en la cervecería y en el café, gasta, cuando trabaja, la mayor parte de lo que gana; debe el pan de su familia y los vestidos de su mujer y de sus hijos, los cuales, por no tenerlos decentes, se ven privados de toda distraccion. Por lo demas, el obrero no sale con ellos, ya no va al campo el domingo como en otro tiempo, para gozar de una alegre comida y recoger flores y alegría para toda la semana; no, va á los círculos.

Para los jefes, el obrero no ha de ser ya carpintero, forjador ó tapicero, sino que pasa á ser obrero de huelgas, de motines y revoluciones. A ese obrero se le lanza á la batalla, de la cual los susodichos jefes saben poner á cubierto su preciosa piel. Cuando el motín ó la sedicion son dominados, ¡ay! á veces de modo sangriento, los jefes ó escor pan ó se ponen al lado de la autoridad triunfante y se hacen conservadores... por algun tiempo.

En los de Carlos VI, de Enrique II y de Luis XIV era permitido á los tratantes en vino, taberneros y posaderos vender vino á jarrais, lo cual todavía en Normandía se conoce con el nombre de *al mendado*; pero no para darlo á beber en su casa, sino tan sólo para los visjeros.

Es digna de mencionarse la orden expedida por el rey Juan, prohibiendo á los tratantes de vino toda mezcla ó adiccion de agua (1350):

«El vino no podrá expenderse bajo otro nombre que el de su calidad y origen reales.»

Quitar en una gran parte los derechos que pesan sobre el vino para la familia; duplicar, triplicar estos mismos derechos sobre lo que se expende en la taberna.

Exigir la pureza de los licores que se expenden; no reconocer las deudas contraidas en tabernas, cafés ó cervecerías.

Y, sin ilegalidad, sin arbitrariedad, con sólo no permitir á los tratantes en vino robar y envenenar á sus clientes, veáis antes de un año cerrarse más de la mitad de esos establecimientos, fuente de la locura, del desorden de la tristeza, de la envidia, de la holganza y de la miseria para la mayor parte de la clase obrera.

ALFONSO KARR.

La miopia en los literatos.

La Memoria que con este titulo acaba de escribir el sabio oculista M. Javal será de gran provecho para aquellos á quienes su profesion obliga á dedicarse á persistentes y prolongadas lecturas. Entre las ocupaciones de la vista, la lectura es una de las más fatigosas, y M. Javal deslinda los preceptos higiénicos que pueden hacerla soportable sin inconvenientes serios.

Es un hecho que en la caza las funciones de la vista se ejercen durante dias enteros sin que se note el menor cansancio, mientras que la aplicacion del ojo á objetos cercanos fatiga pronto y produce á la larga una miopia que sólo reconoce por causa una tension permanente de los músculos de aquel órgano para acomodarlo al punto visual.

Este cansancio y la consiguiente miopia se observan en los dibujantes, escritores, obreros que ejecutan trabajos delicados, y sobre todo en aquellos que se entregan á lecturas asiduas.

Hay muchos bibliotecarios, dice M. Javal, que no son miopes? Y más lejos añade: Entrad en la sala de redaccion de un periódico, vereis que los miopes están en mayoría, pasad luego al taller de compo-

sicion y la proporcion está trocada, apesar que los cajistas dedican muchas más horas al trabajo que el escritor más laborioso. Finalmente, entre los literatos mismos, los que más leen son los que mayores probabilidades tienen de volverse miopes.

¿Cuáles son las causas de este cansancio de la vista causado por la lectura? M. Javal indica cuatro principales.

1.ª La fijacion demasiado continuada de la vista durante la lectura. El artista, el escritor, el obrero interrumpen á cada instante su trabajo material para reflexionar, mientras que el lector, sobre todo si lee mentalmente, no concede un solo instante de reposo al órgano visual, ante el que las palabras desfilan sin tregua ni descanso durante largas horas.

2.ª La impresion de los libros, hecha en tinta negra sobre fondo blanco, pues pone el ojo en presencia del contraste más absoluto que se pueda imaginar.

3.ª La disposicion de los caracteres en líneas horizontales, lo cual trae que si al recorrerlas con la vista la cabeza y el libro permanecen inmóviles, las líneas impresas y los claros ó interlíneas vienen á herir siempre los mismos puntos de la retina, formando en ella fajas parrenes de distinta intensidad luminosa que perturbaban la vision.

4.ª La variacion que sufre la distancia desde el ojo á cada punto de mira. En efecto, M. Javal demuestra que la acomodacion del ojo sufre una desviacion apreciable á medida que la mirada pasa del principio al fin de cada línea, y que la desviacion es tanto más fuerte cuando uno más cerca está del libro y mayor es la longitud de la línea.

Dando por establecido que es fácil leer cien líneas por minuto, dice que el músculo que preside á la acomodacion del ojo debe contraerse cien veces por minuto, y que no cabe extrañar, de consiguiente, los progresos de la miopia, que es el privilegio de los literatos. Para evitar estos esfuerzos de acomodacion, es precisamente que las personas muy miopes mueven continuamente la cabeza y el libro.

Las reglas que da M. Javal para conjurar algo los perniciosos efectos que causa en el ojo la lectura se reducen, en primera línea, á aconsejar que no se lea de una manera continua sin interrumpir la lectura, ya sea para tomar apuntes, ya para reflexionar.

Pide que se imprima sobre papel amarillo ó pajizo y con tinta azul ó violeta; y para evitar la incansante acomodacion del ojo que exige la impresion en líneas horizontales, recomienda leer con preferencia en tomos de páginas cortas y angostas.

A los literatos nacientes, y á los editores de nuevas obras, toca, pues, más que á nadie, aprovecharse de estos sabios consejos.

Varietades.

¡Adios para siempre!

Y tú me querías... Tú rodeabas mi cuello con tus brazos, y mirándome te sonreías... ¡Ah! ¡Cuán felices éramos! Junto abríamos las flores de la vida y aspirábamos su perfumado aroma... ¿Te acuerdas? Aquellos jardines, aquellas praderas siempre floridas, aquellos arroyos, inquietos testigos de nuestros amores y de nuestras caricias, aún existen, todavía recuerdan nuestros juramentos, la fe con que pronunciábamos nuestros votos eternos de fidelidad y ventura. Tú apartabas mis cabellos rizados sobre mi frente, y dabas á mis ojos un fuego al parecer inextinguible. Tú encendias mis labios y producias en mi rostro los más lozanos colores. Siempre á mi lado te apresurabas en complacerme y te complacias en adivinar mis deseos, en realizar mis más insignificantes caprichos... ¡Dulce amiga mía! ¡Cuántos placeres no he debido á tu amistad beneficiosa, cuántas goces ofrecidos á mi corazón por tu solicitud siempre amorosa!

¡Ah! Me llevabas á los sitios más queridos, me rodeabas de seres para mí siempre gratos, te entregabas conmigo á mis poéticas ilusiones... Recuerdo todavía con cuánto nombre de las personas queridas... No me atrevo á pronunciarlos. Iban unidos á los días más felices de mi existencia. ¿Quieres saberlos?... No, no los pronuncies... Tú sola los sabes, compañera de mis dichas; tú los conoces. ¡Ay! ¡Muchas de las personas que los llevaban ya no existen! Tú fuiste tambien su inseparable compañera... y al fin te cansaste... como te has cansado de mí... En balde soñábamos juntos sueños de amor y de ambiciosa locura. Los dos reinábamos doquier.

¡Ah! Me llevabas á los sitios más queridos, me rodeabas de seres para mí siempre gratos, te entregabas conmigo á mis poéticas ilusiones... Recuerdo todavía con cuánto nombre de las personas queridas... No me atrevo á pronunciarlos. Iban unidos á los días más felices de mi existencia. ¿Quieres saberlos?... No, no los pronuncies... Tú sola los sabes, compañera de mis dichas; tú los conoces. ¡Ay! ¡Muchas de las personas que los llevaban ya no existen! Tú fuiste tambien su inseparable compañera... y al fin te cansaste... como te has cansado de mí... En balde soñábamos juntos sueños de amor y de ambiciosa locura. Los dos reinábamos doquier.

Si queríamos recibir las caricias de las jóvenes más bellas... un débil sí contestaba á nuestra exigencia... Si ambicionábamos gloria y triunfos entre los hombres... allá á lo lejos, la veleidosa fortuna nos brindaba con trémula mano coronas de laurel, honores y títulos mundanos. Aparecíamos juntos en todas partes, juntos se nos veía siempre, éramos dos amantes estrechamente unidos. Contigo penetraba en todas partes. Los coros de alegres muchachas se abrían á mis pasos, y juguetonas me daban sus manos, y corríamos juntos ó bien nos entregábamos á danzas placenteras... Los hombres veían en mí una de otras tantas esperanzas de la patria, y halagaban mis ambiciosos instintos... De pronto una valla insuperable aparece entre los dos, y tú te apartas de mí... Me miras y te sonríes... pero no para acariciarme cual hacías en otro tiempo no para pronunciar conmigo eternos votos de felicidad y ventura. No rizas mis cabellos, ni mantienes el brillo de mis ojos. No aspiras conmigo las primeras flores de la vida. No colocas mi mano entre las de las bulliciosas muchachas que danzan en los jardines de su edad primera. Un abismo terrible se abre á mis pies. Y me miras por última vez, sin sonreírte. Me abandonas y te alejas para siempre... ¡Adios para siempre, ¡juventud querida!

FLORENCIO JANEK.

La costumbre de darse las manos.

Los periódicos ingleses refieren rasgos y reminiscencias de Mr. David Urquhart, redactor de la *Diplomatic Review*, muerto hace poco, conocido de medio siglo á esta parte como el más celoso defensor de los turcos, y que introdujo el baño de ese nombre en la Gran Bretaña. Mr. Urquhart fué hombre de algunas rarezas, entre las cuales podía contarse como la principal su antagonismo al hábito de darse las manos. La *Pall Mall Gazette*, de Londres, dice: «Ayudado por varios padres católicos de Francia, fundó Mr. Urquhart no hace muchos años una sociedad cuya tendencia era abolir la odiosa costumbre de darse las manos, y substituir en su lugar la zalema de los turcos, acompañada de algunas exclamaciones cristianas.»

Porque, según decía ese sujeto, el darse las manos entre dos individuos de desigual posicion en la vida, era una baja condescendencia de parte de uno y una impertinencia de parte del otro. Los turcos no se estrechan las manos para saludarse, ni el tampoco, porque eso conduce á la familiaridad, la familiaridad á las falsas nociones de la igualdad, y éstas al comunismo. Tales ideas y otras del mismo tenor las expresó Mr. Urquhart en un folleto que publicó bajo el titulo extravagante de *La desolacion de la cristiandad por la sustitucion de la familiaridad por la cortesía*. De esta obrilla le mandó el autor un ejemplar al Papa, quien contestó con una carta en latin dando las gracias y conviniendo en que «no veía razón para negar que era deseable el modo de saludar que recomendaba Mr. Urquhart.»

No cabe duda que el estrecharse las manos es un hábito, socialmente considerado, de origen democrático, y como tal, ocasionado á la familiaridad—que tanto repugnaba al individuo arriba mencionado.—Pero si lo consideramos bajo otros puntos de vista, no parecerá menos obsecionable. No todas las personas, aun de la buena sociedad, son de manos aseadas y sanas; muchas, al contrario, por naturaleza ó por descuido, son de manos frías y húmedas, otras padecen de enfermedades cutáneas, y bien que no transmitan el contagio, su contacto causa asco.

En la novela *Copfield*, de C. Dickens, hay un personaje cuyos manos apretadas y oscuras, era como coger un pescado recién salido del agua. En los catarros fuertes y en las enfermedades pulmonares, las manos del paciente se ponen calientes y húmedas, siendo, pues, asqueroso, si ya no peligroso, estrecharlas por las personas enfermas ó de constitucion delicada. Varios casos pudiéramos citar en que por haberle dado la mano á un acatarrado, ó un ético, ó á un leproso, ó contrajo la enfermedad la persona sana, ó por el mero contacto murió de asco.

Antiguamente, en vez de apretón de manos, era costumbre el darse el óculo de paz las personas que se conocían ó estimaban, al encontrarse ó separarse. En la época de la revolucion de Francia, los amigos se saludaban besándose en la mejilla. Bajo más de un punto de vista, esta costumbre no es menos obsecionable que la anterior. En este país tolo el mundo da la mano, y es bien sabido el acto que se celebra en Washington el 1.º de Enero de cada año, en que los apretones de manos al presidente están muy lejos de ser lo que los nominales besamanos de las cortes europeas.

Epigrama.

Se apeaba en la estacion D. Blas con su hija Irene, cuando á herir su oido viene una horrible excrecion. D. Blas exclamó:—«¿Qué impio!... ¡Hija, está perdido el mundo!» Y ella, dando un ay profundo, contestó:—«¡Si será el mío!»

LEON CARNICER.